

FIE

MIN

ISMO

PARA

TORPES

NEREA PÉREZ

DE LAS HERAS

m̄

NEREA PÉREZ DE LAS HERAS

FEMINISMO PARA TORPES

m̄

© Nerea Pérez de las Heras, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.mrediciones.es

www.planetadelibros.com

Diseño e ilustración de cubierta: © Marta Cerdà

Imágenes de interior: p. 164, arriba: © Palazzo Barberini Rome - Fine Art Images - Album; p. 164, abajo: © Museo di Capodimonte Naples - Fine Art Images - Album

Primera edición: febrero de 2019

ISBN: 978-84-270-4530-9

Depósito legal: B. 3.863-2019

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Cayfosa, S. A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN. EL SÍNDROME DEL COMERCIAL DE CISTERNAS	13
--	----

EL MUNDO SIN GAFAS SUCIAS

1. REVISTAS FEMENINAS: NUESTRAS MEJORES AMIENEMIGAS ...	25
El planeta de las mujeres: de cómo me enteré de qué iba todo	27
Y mientras tanto, en el mundo de los hombres... ..	32
Nuestras queridas amienemigas	34
2. LAS GAFAS SUCIAS. QUÉ ES EL PATRIARCADO Y POR QUÉ TE CONVIENE AVERIGUARLO	37
El patriarcado encarnado en un Señor de la Cultura	39
Los trucos para dejarte las gafas puestas	42
3. CARTA ABIERTA AL TÍO QUE ME HACE <i>MANSPREADING</i> EN EL METRO CADA DÍA	47

4.	PARITORIOS PARA HOMBRES	53
	Esos días	57
5.	FEMINISMO PARA TORPES	63
	Máscaras, trucos y disimulos	68
6.	¿POR QUÉ ÍBAMOS A HACER CHISTES CON EL ABORTO?	73
	El humor necesario	77

¡MUJER, HAZ COSAS!

7.	PARA QUE NO TE VIOLEN, SIGUE LOS CONSEJOS DEL MINISTERIO DEL INTERIOR	89
	La cultura de la violación	91
	El «sí de las mujeres»	95
8.	NO SEAS AGRESIVA Y NO TE HAGAS LA VÍCTIMA	99
	El desvictimizador de víctimas	102
	No pierdas las formas	106
9.	EL MACHISMO TAMBIÉN ES CULPA TUYA	111
	La caja rosa y la caja azul	115
	El terror de lo normal	117
	La culpa es de las madres	121
10.	PRACTICA LA SORORIDAD EXTREMA	125
	El secreto mejor guardado del patriarcado	126
	Nunca volveré a discutir con otra mujer	129
	Amiga desconocida	130

11. CUÉNTALO	133
La resistencia al cambio en un plató de televisión	137
El primer pene que vio la escritora ecuatoriana María Fernanda Ampuero	141

CREADORAS Y CREADAS

12. EL TEST DE BECHDEL Y EL TEST DE BATMAN	147
Follas tan mal por culpa del cine sexista	152
El test de Batman	156
13. LAS OLVIDADAS, LAS LOCAS Y EL «ESTILO FEMENINO»	159
Todas locas	161
El estilo femenino, <i>Apocalypse Now</i> y el macramé	163
No es cómo lo contamos, es lo que contamos	168
14. LOLA FLORES Y LA CORRECCIÓN POLÍTICA	171
En defensa de la caspa	175
Ahora voy a decir una incorrección política	176
El reino del terror	178

COSAS QUE PARECEN FEMINISTAS PERO NO LO SON

15. LAS MUJERES SOMOS MÁGICAS	183
Esas ojeras son fruto del amor	186
La llamada de la selva	190
16. LA TRAMPA DEL EMPODERAMIENTO	195
Oferta: si te llevas una camiseta feminista, te regalamos un lápiz de ojos feminista	196

El empoderamiento como trituradora	199
<i>American Psycho</i> y tu tía Angelines	201
17. MUJERES AL PESO	205
Contra las cuotas	208
Mujeres al peso	211
18. PARA LA LIBERTAD	215
El feminismo como palanca	220
AGRADECIMIENTOS	223

1

REVISTAS FEMENINAS: NUESTRAS MEJORES AMIENEMIGAS

Cuando tuvo lugar aquella reunión infernal con el tipo de las cisternas, yo ya había hecho el clic, me había dado cuenta de que el feminismo era necesario, me había caído del caballo como san Pablo en el camino de Damasco, me había dado el golpe en la cabeza y lo había hecho en un contexto que, a día de hoy, aún no sé si es el más insólito o el más lógico: una revista femenina.

Aquellas personas que rondan la veintena pueden no estar muy familiarizadas con el concepto de revista de moda, estilo de vida y actualidad dirigida a las mujeres. Bien, imagina todas esas cuentas de Instagram que te atrapan, te hacen evadirte y a la vez te producen un malestar extrañamente adictivo: las de *influencers* en alegre peregrinaje de evento en evento, gurús del *fitness* que sonríen a sus batidos de kale y levantan ruedas de camión maquilladas, viajeras profesionales, instamamis empujando el carrito de su quinto bebé dentro de unos vaqueros de la talla 36. Las revistas femeninas son como todo eso junto, pero llevan funcionando desde el siglo XIX y son de papel, por lo tanto, a dife-

rencia de lo que sucede con el móvil, si se te cae un café encima, siguen funcionando.

Han sido muy importantes para construir lo que las mujeres creíamos que queríamos, lo que creíamos que necesitábamos para ser felices y encajar, desde ser un ama de casa ejemplar hace unas pocas décadas, a ser una ejecutiva del IBEX 35 con abdominales oblicuos en nuestros días. No es que las mujeres seamos idiotas, unos seres programables y sin voluntad cuyos deseos se pueden manipular, solo somos sensibles a los mecanismos de una estructura que azuza nuestros sueños y aspiraciones hacia una dirección concreta: nuevos iPads, pieles con menos poros que una encimera de mármol, bolsos con ciertos logos, y no otros, bien visibles y una lucha a vida o muerte con nuestro propio cuerpo para responder a unas medidas determinadas. Que nuestros deseos sean estos y no otros hace girar la rueda de la producción y el consumo y eso es común a hombres y mujeres. Tanto ellos como nosotras aspiramos a ser aceptados, tener éxito y hallar la felicidad. La diferencia es que solo a las mujeres se nos ha repetido por tierra, mar y aire que la llave del bienestar y la plenitud tiene que ver con conseguir un buen marido y tener el índice de masa corporal de un saltamontes. Recuerda, si te quedan fuerzas para levantar el cepillito de la máscara de pestañas, es que todavía estás un poco *curvy*.

Cuando hablo de revistas femeninas, incluyo también las webs y redes sociales con este perfil, todos los productos muy condicionados por la publicidad y no demasiado informativos que han contribuido mucho a reforzar los bordes de ese molde físico y social en el que tenemos que encajar las mujeres. Sus ideales han ido calando en nosotras hasta el punto de condicionar nuestra autoestima.

Pero no nos apresuremos a tirarlas al fuego, sería una injusticia, somos gente razonable. Son todo lo anterior, pero no solo lo anterior. Cuando digo que puede que una de estas redacciones sea un lugar bastante lógico para tomar conciencia feminista, es porque las revistas femeninas son como una placa de Petri en la que bullen y se retuercen muchas de las contradicciones a las que nos enfrentamos las mujeres de las sociedades en las que se han alcanzado altas cotas de igualdad, tienen aspectos positivos que merece la pena observar. Aquí nada es sencillo, amiga.

El planeta de las mujeres: de cómo me enteré de qué iba todo

Una sección de cuatro páginas encajonada entre reportajes de anticelulíticos y entrevistas a actrices de veintitrés años catapultó el feminismo al centro de mis preocupaciones. La sección se llamaba «Planeta mujer» y no estaba en un diario generalista, ni en un dominical, ni en una revista cultural, estaba en una revista de moda y estilo de vida para mujeres.

La maqueta de aquella sección siempre me llegaba con un pequeño espacio en blanco de aspecto inofensivo, un cuarto de página completado con texto falso, titulado «La cifra». Ese perverso vacío tenía que ser completado cada mes con un número relativo a la situación de la mujer en el mundo. Para alimentar aquel cuadradito tuve que bucear en el pantano de las estadísticas deprimentes. Informes de la OMS, de Unicef, de Amnistía Internacional, me iban escupiendo la realidad a la cara mes tras mes: 200 millones de mujeres que están vivas en este momento han sufrido mutilación genital en los treinta países de África, Oriente Medio y Asia donde se practica de manera habitual.

Cada ocho horas se produce una violación en España. Al año son más de 160.000 las denuncias por violencia de género. 12 millones de niñas son obligadas a casarse cada año. 12 millones. Toda la población de Bélgica. De media, las mujeres cobran entre un 20 y un 25 por ciento menos que los hombres. El 72 por ciento de las jornadas parciales en nuestro país están ocupadas por mujeres, no por elección; el 20 por ciento de ellas no trabaja a tiempo completo porque tiene niños, dependientes o ancianos a su cargo. Solo un 3 por ciento de los hombres trabaja a tiempo parcial por esta razón. Las mujeres dedicamos el doble de horas al trabajo doméstico y de cuidados...

En «La cifra», en las cifras, había una verdad que me ape-
laba directamente. Hasta entonces yo había vivido en la tierra
mágica de Narnia, flotando por ahí, en un mundo de fantasía y
paridad que solo existía en mi cabeza y pensando que el femi-
nismo era algo muy necesario, pero en otros contextos, en otros
mundos lejanos de burkas y vidas domésticas llenas de violen-
cia. De repente tenía delante de mis narices un enorme marca-
dor y una parte de la humanidad claramente iba perdiendo en
demasiados partidos. Las cifras se referían a circunstancias que
parecían muy distintas entre sí, pero eran tentáculos más o
menos fuertes de un mismo monstruo que también me quería
devorar a mí y que lo ocupaba todo: la economía, las costum-
bres, los relatos de ficción, la vida de las familias, las relaciones
de pareja.

Los números por sí solos producían desazón, pero afortu-
nadamente en aquellas páginas también había muchas historias.
Por ejemplo, la de Cristina Elda Suaña, que vivía en una isla arti-
ficial hecha de una planta llamada «totora» en medio del lago
Títicaca, en Perú. «La isla, las casas, las embarcaciones, la leña,
la artesanía... todo es de totora», me contó. Un día llegaron unos

viajeros holandeses a su casa flotante y les acogió como pudo. Se corrió la voz y vinieron más de todas partes. «Ya no tengo sitio para meter a tanto gringo». Con agua, personas y, claro, totora, Cristina construyó un proyecto de turismo responsable en las islas de los Uros y se convirtió en una líder en su comunidad. Organizó a su gente para traer camas, casitas flotantes y hasta cubiertos a su isla. «Busqué programas de capacitación para aprender hostelería. Quería recibir turistas sin intermediarios que nos trataran como animales de un zoo». Lo hizo sola y sin Internet.

Intercambié muchos whatsapps con Raquel Saavedra, que en lugar de darse la vuelta, agachar la cabeza y seguir buscándose la vida cuando fue a pedir trabajo como estibadora en el puerto de Algeciras y le dijeron «No se admiten mujeres», se revolvió. Movilizó a sus vecinas, se peleó con la patronal, apretó los dientes para que le resbalaran las amenazas y después de cuatro años consiguió que, de los cuatrocientos sesenta contratos del puerto, más de veinte fueran para las mujeres. No para ella, claro, como muchas antes que ella, pagó el precio por derribar la barrera para que otras pudieran avanzar.

Viktoria Modesta también ocupó esta sección. Una negligencia médica en el momento de su nacimiento acabó por hacerle perder gran parte de la pierna izquierda a los veinte años, esta cantante y compositora británica no quiso sentirse incompleta, sino biónica. Hizo de la necesidad virtud, alegría, imaginación y barroquismo cubriendo el vacío con las prótesis más fantasiosas, pequeñas obras de arte que quedaron incorporadas a su deslumbrante singularidad en una industria llena de estrellas del pop tan perfectas y completas que ni siquiera parecen reales. Me dijo: «Mira, el mundo está lleno de personas retrógradas y aburridas y nadie las llama discapacitadas».

Gracias a este espacio pude entrevistar a Anna Ferrer, presidenta de la Fundación Vicente Ferrer y la mujer que trabajó al lado de su fundador como cooperante en la India rural, en la desesperación, en la pobreza extrema, durante cuarenta años hasta que él murió. Era paciente Anna, dura y paciente, miraba al horizonte de su labor y era capaz de ver los cambios operarse a través de las generaciones. Me contó que pasaron siete años hasta que ella y su marido pudieron hablar directamente con una mujer, al principio solo podían dirigirse a los maridos. «No podíamos tratar la igualdad, claro, empezamos trabajando por la educación y la higiene». También me dijo que no hay que rendirse nunca. La organización que aún preside en uno de los países más machistas del planeta beneficia a cerca de tres millones de personas.

No, las revistas femeninas no son perversos artilugios propagandísticos para hacernos sentir fracasadas, gordas, profesionales cutres y madres descuidadas y aburridas, incapaces de hacer un *banana bread* con harina integral decente, sin otro remedio que comprar las versiones *low cost* de las grandes marcas para llenar el vacío. Bueno, a veces sí lo son, pero no en su totalidad y no siempre. También han sido —son— los altavoces de estas historias desperdigadas en medio del *glamour*, que se supone que tanto nos interesa a las mujeres, un altavoz nada deseñable en estos tiempos. ¿Cómo vamos a tirarlas al fuego?

Hoy en día, unas cuantas cabeceras se están ocupando de reinventarse para acompañarnos a las mujeres, que tanto hemos cambiado y lo que nos queda. Las paradojas siguen siendo muchas. En los contenidos se alternan editoriales de moda a precios prohibitivos con entrevistas a políticas, agendas culturales elaboradas confiando en la inteligencia de la lectora y consejos para adelgazar elaborados despreciándola, un reportaje que

denuncia la situación de las niñas de Bangladesh obligadas a casarse antes de los quince años² y, tres páginas después, un bazar con los accesorios *low cost* más *hot* de la temporada fabricados por esas mismas niñas en condiciones infrahumanas. Cada mes de marzo, para celebrar el Día Internacional de la Mujer, los medios repasan los logros del feminismo en las secciones dedicadas a actualidad y entrevistas. Lo que se conmemora en esa fecha es la muerte de ciento cuarenta y seis obreras en el incendio de una fábrica textil en Nueva York, en 1911, esta tragedia queda lejos en tiempo y víctimas comparada con la del complejo fabril Rana Plaza en Savar (Bangladesh), en 2013, en la que murieron más de mil personas y más de dos mil resultaron heridas. Lo que se fabricaba en aquel infierno eran las prendas que llenan las secciones de moda asequible. En marzo y todos los meses del año. Las revistas femeninas se han convertido en una especie de extrañas y simpáticas amigas esquizofrénicas que con una mano sostienen una pancarta contra el sistema judicial patriarcal y con la otra te intentan vender un contorno de ojos de veneno de abeja.

¿Tu cabeza está a punto de estallar? Bienvenida al club. Imagínate yo que con estas mismas manos que ahora teclean reflexiones feministas he escrito: «Espabila, amiga, no vas a conseguir el culo que quieres sentada en el culo que tienes». Le di a mi lectora consejos para tener un cuerpo de modelo sabiendo perfectamente que mi lectora nunca iba a conseguir un cuerpo de

² Bangladesh tiene el índice más alto en el mundo de matrimonios de niñas menores de quince años según el informe *Ending child marriage* de Unicef. Véase: United Nations Children's Fund, *Ending Child Marriage: Progress and prospects*, UNICEF, Nueva York, 2014 (en línea: https://www.unicef.org/media/files/Child_Marriage_Report_7_17_LR..pdf).

modelo, básicamente porque posiblemente mi lectora no descendía de una larga estirpe de jugadoras de baloncesto balcánicas como la chica de la foto con la que ilustraba el reportaje. Hablé de *must haves*, es decir, de accesorios o tratamientos de belleza en términos de supervivencia, lo necesitas este otoño, lo tienes que tener, no puedes pasar sin él. Un maxibolso al mismo nivel que el oxígeno y el agua potable.

Pero escribir estas cuatro páginas una vez al mes me hizo despertar, y espero que también algunas despertasen leyéndolas.

Y mientras tanto, en el mundo de los hombres...

¿Sabéis cuántas veces he titulado un artículo «En femenino singular»? Mil millones. Si me hubieran dado un euro por cada vez que lo he hecho ahora estaría liándome porros con billetes de quinientos al borde de la piscina de Rihanna y contándole todas estas cosas a ella en vez de a vosotras. Pero nunca he titulado ningún artículo «En masculino singular». Nadie sabría a qué me refiero; ¿qué sentido tiene señalar que alguien es un solo hombre cuando vivimos en un mundo en el que la norma gira alrededor del hombre y lo que le concierne? Lo que es reseñable es referirse a una mujer, a un sujeto femenino y singular, por eso es tan fácil cercar a las revistas femeninas para someterlas a juicio, a todo lo femenino en realidad. Pero cuando volvemos la mirada al reverso masculino de las cosas, ay, es en las comparaciones cuando el absurdo machista brilla con más fuerza.

La foto de portada de la primera revista masculina en la que colaboré era un primerísimo plano de Peter Dinklage, el actor que interpreta a Tyrion Lannister en Juego de Tronos. Un hombre sin maquillar o imperceptiblemente maquillado, maduro,

despeinado, serio y con acondroplasia. La foto tenía una iluminación dramática y Dinklage dirigía a la cámara una de esas miradas tuyas que pueden asar un pollo. Era una buena foto del actor del momento transmitiendo lo que tiene que transmitir un actor, que es carisma y magnetismo, sin ningún enmascaramiento de ninguna de sus características físicas. En las revistas femeninas de las que venía, una *foto buena* era otra cosa. Esto ha cambiado en un puñado de ellas en los últimos años, pero por lo general la ausencia de maquillaje es impensable, la ropa que lleva la retratada se la prestan varias marcas que no creen en las tallas más allá de la 38 y en el resultado se retoca tanto que, a veces, incluso se prescinde de elementos que pueden enturbiar el *glamour* y la armonía de la imagen. Por ejemplo, un brazo.

Existía hasta una fórmula en clave: «No da en foto». Espero que haya desaparecido ya, quería decir que por muy interesante que fuera el personaje que proponías, si tenía la ocurrencia de, por ejemplo, tener sesenta años o triple papada, la extensión del reportaje se reducía mucho. «Es porque la imagen supone la mitad del contenido», te decían. No, la imagen no, la imagen de las mujeres. La imagen totalmente fuera de cánones de Peter Dinklage daba y sigue *dando en foto*. Da para portada y para las páginas que haga falta y no solo la suya. En otras portadas de la misma publicación, Benicio del Toro parecía recién levantado de una siesta de tres horas en una cuneta, Clint Eastwood, un árbol centenario y Woody Allen..., bueno, Woody Allen parecía Woody Allen. Dios mío, era una liberación, por fin podía entrevistar a gente importante sin tener en cuenta que en las fotos tendrían la pinta de algo que ha sido masticado y escupido. ¡Da igual! ¡Estamos hablando de tíos! Se les juzgará por lo que digan, no por el aspecto que tengan. En sus fotos lo que importa es la intensidad, el *carisma*, la verdad.

Trabajando en masculinas pasé de la lucidez al cabreo. Eso sí que era despertarse de una buena siesta. Las exigencias físicas no era lo único que cambiaba en este contexto. Por aquí ya no se hablaba de nutrición, sino de gastronomía; los *must haves* y el resto de imperativos se tornaban educadas sugerencias y en la sección de Belleza no había agujas, ni fotos de chicas con el cuerpo despiezado por marcas de rotulador como si se fueran a hacer cuatro juegos de párpados con la piel del culo, solo colonias. «Nos tienen ocupadas en chorradas», pensé, «esto tiene que ser una conspiración mundial, un plan maestro. Ellos se sienten James Bond con sus entradas y sus pelos en las orejas y siguen dominando el mundo tranquilamente, mientras que nosotras nos afanamos en tener menos pelos que un delfín. ¿Cómo ha podido pasar esto? Las revistas, la revistas deben de ser las culpables». Obviamente no, son a la vez parte del problema y parte de la solución.

Nuestras queridas amienemigas

Las revistas femeninas están hablando de feminismo. Le están dedicando páginas y páginas a aquellas cifras que hace diez años yo colocaba en un centímetro cuadrado y lo han hecho muchas veces a lo largo de su historia. Grandes escritoras como Joan Didion o visionarias de la imagen como Diana Vreeland se desarrollaron en *Vogue* o *Harper's Bazaar*. En 1987 se publicó el primer número de la edición española de *Marie Claire* en el que su directora, Ana Rosa Semprún, entrevistaba a Cory Aquino, presidenta de Filipinas. En aquellas páginas firmaban Juan Goytisolo, Carmen Rico-Godoy o Carmen Rigalt. En muchos momentos han sido espacios en los que se ha hablado de los obstáculos

de las mujeres en la vida profesional, de maternidad, anticonceptivos, divorcio o aborto.

«El feminismo está de moda, si está presente en estas revistas es por puro marketing, simple análisis de mercado». No sé cuántas veces he escuchado cosas tan tristes como esta mientras escribía historias como las que me hicieron despertar hace una década. Quienes consideran una *moda* un asunto de derechos humanos y cambio social como el feminismo es porque no se han enterado de nada, les va a dar igual que se lo cuenten desde una revista de moda o en una sesión de hipnosis. Incluso si todos esos cínicos y amargados tienen razón y las motivaciones de las revistas de moda para hablar de feminismo son oportunistas y perversas ¿por qué no aprovechar su tirada, sus *newsletters* y sus mastodónticas redes sociales para que nuestro mensaje se imprima cuarenta mil veces y llegue a un millón de pantallas?

Sáltate todas esas páginas sobre compras y anticelulíticos o no lo hagas, pero trata con cariño a estas amigas esquizofrénicas llenas de publicidad, disparatados hábitos de consumo, cultura, historias de mujeres excelentes, accesorios de otoño y voces por el cambio. Personalmente las quiero y las valoro y he aprendido casi todo lo que sé en sus redacciones de otras mujeres brillantes. Tirarlas al fuego sería arrasar con una parte de nuestro relato, aunque no sea perfecta, y negar nuestras contradicciones.